

blando á la idea de que acaso no le sería permitido acabar allí penitente el resto de sus días.

Su esperanza no salió defraudada y la paz del claustro sucedió para ella al estruendo de los campos de batalla y á los goces íntimos de la dicha conyugal.

Murió al fin de todos amada y de todos bendecida la heroína de Villanañe, y fué sepultada en el citado claustro del monasterio en una modesta tumba, cuya piedra ostentaba esta inscripcion :

*Aquí yace en paz la muy ilustre y valerosa capitana*

*María Perez, conquistadora de reinos y provincias; las guerras por la espada la granjearon el nombre de Varon,*  
*que adquirió femeníl Varona.*

*Vivit coelo illa quæ tot mauros et judeos in Hispania occidit.*

# EL MONASTERIO DE RIPOLL.

(CATALUÑA.)

LOS ARRIANOS.



UESTO que se nos presenta ocasion , y nos es por otra parte indispensable para seguir el curso de nuestras ideas, digamos algo , si bien sea conciso , tocante á los arrianos. Ello nos conducirá naturalmente al punto donde queremos ir á parar.  
Entre las pruebas mas terribles por que ha tenido que pasar la religion del Crucificado , ha sido sin disputa una de las mas crudas el arrianismo , pero, apresurémonos á decirlo , ha salido de ella triunfante y victorioso , como triunfante y victorioso sale el sol de entre las nubes que se agrupan junto á su disco y que intentan en vano ahogar los rayos de su luminoso faro.

Vencedor el cristianismo de su lucha con los sectarios impíos de paganas divinidades, tuvo que revestirse como de una armadura para resistir á los tiros dañosos siempre aunque nunca certeros de la invasora barbarie.

Nos esplicaremos.

El cristianismo debió en un principio todos sus triunfos mas que á otra cosa alguna, á la fuerza irresistible de su bondad, pero el cristianismo entonces apenas tolerado tuvo que ser por necesidad tolerante. No tenia aun un punto de que partir, le faltaba un centro, necesitaba una unidad, esa unidad sobre que se basa el principio de la vida humana, esa unidad que da al mundo su orden y á la naturaleza su poder. Faltos de este indispensable elemento, los doctores luchaban con las armas, muchas veces envenenadas, de la dialéctica, de la metafísica y de la interpretacion; los filósofos griegos, partidarios desde el segundo siglo de la religion naciente, pugnaban para hacer brotar un sistema metafísico de los textos evangélicos; unos hallaban proposiciones heréticas en los padres de la Iglesia mirados y tenidos como ortodoxos puros; otros creian que para tranquilizar su espíritu se debía contestar satisfactoriamente á sus eternas cuestiones sobre los sagrados misterios; y en fin, los incorregibles paganos se sonreian recordando con ironía los tiempos de los sofistas contemporáneos de Sócrates.

Cada dia pues se hacia sentir mas la necesidad de dar una forma estable y definitiva al dogma cristiano. De las orillas del Jordan á las costas del Occéano el nombre de Cristo habia cruzado como una bandera, como una centella, como un rayo que habia rasgado las tinieblas que pesaban opresoras sobre el mundo. Para tantas almas que llenas de fe y de esperanza se habian presentado á llamar á las puertas de un nuevo templo, se necesitaba una doctrina formulada que, siendo la misma en todos los puntos, perpetuara la unidad de la Iglesia.

La ocasion no podia ser mas brillante ni propicia; derrumbábanse con estruendo los altares del paganismo, rasgaban desanimados sus vestiduras los ídólatras, poblábanse los yermos del Oriente, cruzaban el mundo ejércitos de mártires, y Constantino trazaba la simbólica cruz sobre el triunfante lábaro. Era pues el momento de acabar con aquella guerra encarnizada de sofismas y de interpretaciones, era el instante de formar un cuerpo en que se embotaran los tiros de los bárbaros que acampados se hallaban á las puertas del imperio, era fuerza seguir, y apresurarse á seguir, el movimiento regenerador comenzado por el cristianismo, era por último de todo punto indispensable formular

el símbolo que reuniera á los pueblos en un imperio espiritual mil veces mas vasto que el de los Césares.

Todo esto podia y debía ser obra de un concilio.

Uno se tuvo, el de Nicea, el primero y acaso el mas importante, pero desgraciadamente tuvo que ser provocado por una herejía.

Por la herejía de Arrio.

Este osado sacerdote de Alejandría, de la ciudad que en aquel entonces parecia un crisol dispuesto á fundir todas las sectas y todas las doctrinas puesto que se habia convertido en un palenque de las luchas metafísicas, este audaz sacerdote, decimos, quiso hacerse funestamente célebre colocándose á la cabeza de los que con él negaron la esencia una é indivisible de la santísima Trinidad.

Constantino tembló ante la importancia de las disensiones que dividiendo la Iglesia podian turbar su Estado, y quiso poner la paz entre los contendientes. Todos sus buenos deseos fueron inútiles.

Al lado del hereje de Alejandría, acababa de erguirse como una columna poderosa dispuesta á servirle de pedestal el famoso Eusebio, obispo de Nicomedia, que dió con su proteccion á Arrio nombre á un partido que siendo enano lo convirtió en gigante.

Constantino que queria la paz á todo precio, que necesitaba el triunfo de una de las dos opiniones, resolvió reunir á todos los obispos del imperio para que decidiesen cual de las dos debía seguirse, reservándose inmediatamente el derecho de ejecutar la sentencia.

Nicea fué el sitio escogido para la asamblea; Nicea que veia reunirse por vez primera un concilio universal, despertó un dia teniendo en su recinto á trescientos diez y ocho obispos llegados de todos los puntos del globo.

En el seno de este concilio fué donde comenzó Atanasio, el entonces humilde sacerdote, su larga y gloriosa lucha contra el arrianismo.

No referiremos todo lo que tuvo allí lugar ni nos internaremos en el laberinto de discusiones que se promovieron y agitaron en aquella reunion célebre que ponía por desgracia el sello de la celebridad á una secta demasiado importante, pues que provocaba un concilio. Solo cumple á nuestro propósito hablar de la decision que se tomó.

Los discípulos de Arrio fueron condenados, sus obras fueron quemadas, y Constantino sentenció á la pena capital á cualquiera que fuese convencido de guardar una sola. Sin embargo, la causa de los arrianos no fué irrevocablemente juzgada, y no se tardó en ver á Constantino, al mismo Constantino,

por una de aquellas debilidades que culpa la historia, usar de clemencia con ellos y levantarles el destierro.

Así que se vieron tolerados, se hicieron intolerantes; y descaradamente hicieron la guerra al símbolo de Nicea, persiguiendo por medio de bajas intrigas á todos los obispos que lo habian firmado. Escudados por la debilidad, por la apatía ó acaso por la indiferencia de Constantino, llegaron hasta el extremo de atacar frente á frente al mismo ya entonces famoso Atanasio, la gran columna de la ortodoxia, como le llama un escritor reputado.

Atanasio sin saber como, sin comprender como, vió de pronto elevarse contra él terribles y monstruosos cargos, vióse acusado de haber roto un caliz entre las manos de un sacerdote, de haber asesinado á un obispo para utilizar sus brazos en operaciones de majia, de haber en fin hecho volver atrás los convoyes de trigo que venian del Egipto. Era todo esto consecuente y nada mas natural en la secta que le acusaba: despues de la herejía, la intriga, despues de la intriga, la infamia.

Llamado ante el tribunal de sus enemigos, Atanasio se disculpó de todos sus crímenes y hasta hizo comparecer al obispo que se le acusaba de haber asesinado, pero esta prueba que era la que mas debia deponer en su favor, fué la que mas sirvió para condenarle. Acusósele mas fuertemente de magia, depúsole el concilio de Tiro, y Constantino, que parecia haberse convertido en el ciego y triste ejecutor de las sentencias de todos los concilios, envió el campeón del símbolo de Nicea al destierro en que habia gemido Arrio.

La reaccion marchaba á pasos de gigante, el arrianismo amenazaba llegar á ser la religion del imperio. Murió en esto Constantino y con su hijo subieron completamente al poder los herejes. Los destierros, las prisiones, los motines, señalaron este segundo período en que el arrianismo triunfó, mientras que Atanasio, firme pilar de la Iglesia, recorria la Europa y el Asia, anatematizado en un lugar, echado de otro, acusado en aquel, desterrado en este, unas veces héroe y santo, otras mártir y profeta, y siempre el verdadero ideal de esos primeros padres de la Iglesia, campeón infatigable por la palabra y la pluma, escribiendo sin cesar en la ruta del destierro, dejando oír su palabra poderosa en los concilios, cien veces arrojado de su patria y cien veces de regreso, nunca sucumbiendo y no dejando jamás de defender su santa causa fórmula á fórmula, punto á punto, palmo á palmo.

En el interin seguia el arrianismo su carrera de efímeros triunfos, pero era para caer un dia de pronto, nueva Babel, y sepultar entre sus escombros á sus mas ardientes partidarios.

Faltos de la fuerza moral que constituye todo poder, sin tener el gérmen de bondad que afirma las creencias, no sintiendo en ellos la esencia divina que nutre y fortalece como sávia jugosa el robusto tronco, los arrianos hicieron como todo poder transitorio y condenado á perecer por la inseguridad de sus bases: no pudiendo reinar por la conviccion, quisieron reinar por el terror. Lanzáronse abiertamente por la senda de los crímenes.

Viéronse los católicos perseguidos como bestias salvajes y si, como sucedió en Alejandria, intentaron protestar y levantarse contra el látigo de sus opresores, no faltaron autoridades, hechura de los arrianos, que, como los de la misma ciudad tambien, recurrieron al populacho pagano, á los judíos, á las gentes de mal vivir, á los vagos de las plazas públicas para someter al pueblo reunido y congregado en las iglesias. Todas las espantosas escenas de un saqueo tuvieron lugar: los monjes fueron pisoteados, los santuarios profanados, violadas las virgenes, azotadas las matronas, entregados los hombres de condicion á la cuchilla del verdugo. Llegose á ver hasta á los judíos y á los paganos bañarse en los baptisterios y cometer toda clase de infamias.

Y mientras que esto pasaba en Alejandria, en otras partes se celebraban concilios donde los obispos circundados de tropas se veian obligados á firmar el destierro de los católicos. Despues de la decision, tribunos ya preparados se presentaban en los templos, arrancaban los sacerdotes del pié de los altares para arrojarlos unos al destierro y otros al tormento, en tanto que impudentes arrianos se paseaban por la ciudad en carrozas triunfales de las que hacian tirar á los obispos católicos, como antiguamente los esclavos llevaban hasta el capitolio al romano triunfador.

Dios quiso poner un término á todos estos desórdenes, á todas estas verdaderas escenas de crápula y pillaje.

Los obispos de Occidente, presididos por el papa Dámaso, confirmaron la fé de Nicea, y escomulgaron á todos los obispos que asistian á los concilios arrianos. En el interin, moria el hijo imprudente de Constantino, moria tambien Atanasio combatiendo como combatiendo habia vivido, y despues de tantas tempestades, de tanta polvareda, de tanta polémica de concilios y de plaza pública, Teodosio reunia el gran concilio de Constantinopla, el segundo ecuménico que reconoce la Iglesia y á él se veian llamadas y en él condenadas resueltamente todas las sectas.

La triste historia del arrianismo, tocante á la cuestion de principio, concluye con Teodosio. La lucha prosiguió aun, pero sin fuerza, sin vigor, desorientada, desnaturalizada y desacreditada. Era vieja de cuatro siglos y el arria-

nismo tuvo que eclipsarse ante la triple auréola del Dios único. Los católicos habían cerrado la puerta á toda contienda haciendo de la Trinidad un misterio y diciendo con san Atanasio: «La santísima Trinidad solo es una misma divinidad, no es toda ella mas que un solo Dios; esto basta á los fieles; el conocimiento humano no va mas lejos; los querubines cubren lo restante con sus alas.»

Sin embargo, el arrianismo antes de extinguirse del todo, intentó levantarse mas poderoso que nunca. Habia querido la fatalidad que encontrara unos misioneros en los bárbaros que cayeron como un torrente sobre el imperio á principios del siglo quinto. Los vándalos, los alanos, los visogodos, los ostrogodos, todos eran arrianos, pero como en las poblaciones en que se asentaron las hallaron gobernadas por obispos católicos, fueron poco á poco cediendo en sus opiniones hasta que la secta de Arrio, que dos veces habia estado á pique de conquistar el mundo, desapareció del todo.

Aun sin embargo no habia muerto en España cuando empezamos nuestra narracion; antes por el contrario, tenia uno de sus mas firmes partidarios en Leovigildo que es el primer personaje de nuestra historia con el cual tropezaremos al comenzar el siguiente capítulo.

## II.

### RECAPOLIS.

ALLÁ, sobre la mitad del siglo sexto, exhaló su último suspiro el buen rey Atanagildo que se habia hecho bautizar como católico, pero en secreto, pues no se atrevió á romper abiertamente con la doctrina de Arrio que aparentó seguir por el contrario.

Muerto Atanagildo sin hijo varon, los magnates del reino montaron á caballo y seguidos de sus bucelarios y rodeados de fastuoso aparato se presentaron en la corte, esperando ser cada uno el elegido y prontos para ello á alegar sus derechos, sus títulos ó sus méritos.

Hubo grandes debates y contrariedades entre ellos para ver quién habia de ser el favorecido, y como no les fuese posible convenirse tan pronto, hubo de quedar vacante el cetro por algun tiempo. Acordaron por fin quién habia de ser la persona y un dia resonó por toda España el grito de: Viva Liuva!

Liuva era el rey de la Galia Narbonense y á su capital partieron los principales dignatarios precedidos de cuatro mensajeros especiales que llevaban la corona que Liuva debia ceñir. Acogió afable el que iba á ser rey de España á los embajadores, pero no ocultándosele los obstáculos y dificultades del trono que se le llamaba á ocupar, habló de esta manera á los magnates:

— Acepto la corona, pero debeis en cambio aceptar una idea, la cual, aunque contraria en cierto modo las costumbres godas, redundará en mayor beneficio vuestro y de la patria. Permitidme partir mi trono y poderío con Leovigildo mi hermano, que es guerrero ilustre y habil legislador. Yo reinaré en la Galia gótica, y él reinará en España.

Aceptaron los embajadores, y los dos hermanos subieron al trono, pero habíanse pasado apenas tres años cuando Liuva bajó al sepulcro dejando señor de todo á Leovigildo.

Este cumplió como buen y fiel monarca. Desde el principio de su reinado la guerra pareció ser su elemento y llevó sucesivamente sus legiones á Andalucía, Granada y Córdoba que ganó, conquistando parte de la Galicia, Vizcaya y reino de Leon, con lo cual pacificó casi sus reinos dejando á los romanos con poquísimo terreno. No contento con esto, alzó pendones contra Aspidio, señor de Ajer que se habia rebelado, y persiguióle hasta el corazon de sus montañas llevándosele cautivo con su mujer y sus hijos.

Mientras tenia Leovigildo tan altas ideas respecto al aumento de su corona y no cesaba de llevar do quiera triunfantes sus armas, abrigaba las mismas tocante á la grandeza de su honor y á la reputacion de la majestad real. En efecto, de él se cuenta que fué el primero que vistió ropas preciosas é insignias reales de majestad y el primero que se sentó solo á la mesa, desdeñando la costumbre de sus antecesores de comer en particular compañía.

Todo ello contribuyó en gran manera á darle crédito y fama y á conquistarle sobre todo el aprecio de sus vasallos.

Cuando comenzó á reinar Leovigildo, estaba ya casado con Teodora, la hija

del duque de Cartagena, de la cual habia tenido dos hijos: Hermenegildo y Recaredo.

Viéndose seguro del afecto de sus vasallos, creyó que no seria difícil arraigar como costumbre entre los godos la particion del reino entre dos personas y por lo mismo reunió un dia á sus magnates, y les propuso elejir en vida suya á sus hijos para que juntos ocupasen el trono de España, así como juntos lo habian ocupado él y su hermano.

Accedieron á ello los grandes de su reino por ser él quien lo proponia y por el pronto repartióse la España en la forma siguiente: Hermenegildo recibió el reino de Sevilla y otros señoríos de aquella parte; á Recaredo le fué dada la Celtiberia y con ella todo lo que es hoy Cataluña y lo que los godos poseian en la Galia gótica; por último el padre se quedó con el reino de Toledo.

El dia que el reino quedó definitivamente constituido, Hermenegildo se presentó á su padre y le anunció su deseo de casarse con Yocunda, la hija de los reyes de Francia.

Leovigildo frunció visiblemente el gesto, y como si bien no hubiera oido, preguntó:

— Con Yocunda has dicho, hijo mio?

— Si señor.

— Pero si no me engaño Yocunda es católica?

— Tambien era católica mi madre.

— Es verdad, Teodora lo era y hartos fueron los disgustos que con serlo me ocasionó. No quieras pues ser tan desgraciado como tu padre, hijo mio, y escoje por lo mismo para esposa una princesa de tu religion.

— Por esto he elejido á Yocunda, — contestó firmemente el jóven.

Leovigildo se quedó atónito mirando á su hijo. No acababa de comprender y temia adivinar.

— Pues no es católica Yocunda? — murmuró despues de un instante de contemplar á su hijo.

— Es que yo soy tambien católico, padre mio, — dijo Hermenegildo con cierto orgullo pero con respeto.

Un rayo no hubiera hecho en su padre el efecto que aquella palabra.

— Tú! católico tú! católico mi hijo Hermenegildo!

Y el rey sintió que sus sienes latian con fuerza, que la sangre se agolpaba á su rostro, que su cabeza ardia, que su pecho se desgarraba. Cegose hasta un estremo increíble, un velo sanguineo se extendió ante su vista y llevó su mano al *serama* que medio sacó de su cincelada vaina.

A todo esto Hermenegildo no hizo el menor movimiento. Permaneció tranquilo, sosegado, resignado y sumiso.

Pasado el primer momento de ira, que es en el hombre como un soplo de borrasca sobre un cielo sereno, Leovigildo se tranquilizó en apariencia y tomó su habla cierto tinte de ironía. La confesion que se le acaba de hacer le impelia casi á mirar á su hijo como á un extraño.

— Católico! — murmuró, — mal camino sigues para tu felicidad. Allá recibirás el premio. Yo te he dado una corona: guay que los católicos no te den otra, la de mártir!

— Oh! gustoso la recibiria, señor, y con ella moriria contento.

Y al decir esto Hermenegildo, no sabia cuan acertado hablaba; lo propio que al decirselo su padre ignoraba que no serian los católicos, sino él mismo el que á su hijo prepararia esta corona.

— Ya no tengo mas que un hijo, — exclamó el rey como hablando consigo mismo. — Solo me queda Recaredo, solo en él cifraré mi cariño y mi esperanza. Yo aborrezco de muerte á los católicos, yo haré que de ellos sean purgados mis estados, yo... yo soy capaz de arrojarlos todos á las fieras en esos anfiteatros que nos han dejado los romanos.

— No habéis así, padre mio! — atrevióse á decir Hermenegildo; — puede que un dia llegue en que abrais los ojos á la luz, y os hagais tambien católico.

— Yo! jamás! jamás! Vete en mal hora de mi palacio y mis estados, Hermenegildo, serpiente que he abrigado en mi seno! Vete hijo impío que has renegado de tu padre abrazando el catolicismo. Yo soy arriano; vete antes que mi furor estalle, y húndete en tu reino de Sevilla que en mal hora te he dado. Me tarda el verte fuera de mi presencia; los católicos hacen horror á los arrianos. Olvidate de mi nombre. De aquí en adelante, yo no he de vivir mas que por Recaredo y he de fundarle una ciudad tan famosa, que pase á los siglos futuros con su nombre, siendo corte y esplendor de nuestra religion.

— Ya me voy, padre mio, — contestó el jóven Hermenegildo, — puesto que de vuestro palacio me arrojaís y vuestro reino. Edificad en buen hora ciudades; feliz sea la que fundeis en honra y con el nombre de Recaredo, pero, tenedlo presente, el corazón me lo dice y á mí jamás el corazón me engaña, la misma ciudad que levantareis para que sea arriana, será la mas constante defensora de la fé y los sacerdotes católicos arrojarán un dia de su recinto á todos los sectarios de Arrio. No puede menos de suceder; la herejía camina al sepulcro.

Al oír esto, el rey se puso lívido de cólera y sus puños se crisparon horriblemente. Hermenegildo conoció que manifiesta temeridad seria el irritar mas

á su padre y por lo mismo, inclinándose respetuoso salió de la estancia y del palacio con lágrimas en los ojos.

Al día siguiente partía para Sevilla donde no tardó en enlazar su suerte con la de la hermosa, de la cándida Yocunda.

Interin, su padre, que habia marchado á Cataluña, echó los cimientos de una ciudad á la cual, cumpliendo con su promesa, puso por nombre *Recopolis* ó *Recapolis*, palabra compuesta de *pollis* ciudad, y *Reca* sincopa y radical del nombre Recard. Mas tarde, abandonó este nombre para llamarse Ripoll, que no fué mas que la contraccion de Recapolis, acabando por pronunciarse de aquel modo á medida que con el latin se vino á crear el romano vulgar á que pertenece la lengua de nuestro suelo.

Dios quiso que el presagio de Hermenegildo se cumpliera. Para hacerlo ver nos contentaremos con narrar simplemente los hechos.

Leovigildo recibió con ira la nueva del casamiento de su hijo con la católica Yocunda, y tanto se exasperó y tanto fué lo que le cegó la cólera, que envió un embajador á Sevilla para decir á los dos nuevos esposos que les haria matar como no dejasen la fé católica (1). No cedieron á esta amenaza los dos esposos, antes bien continuaron firmes en su digno camino. Mas como su padre repetia con frecuencia el mandato y aumentaba las amenazas, decidieron defenderse con las armas, para cuyo fin Hermenegildo se hizo fuerte en la ciudad de Sevilla, haciendo alianza con los romanos.

Enfurecido mas y mas con esto su padre Leovigildo, envió un poderoso ejército contra él y le sitió en Sevilla desde donde, preso á traicion, fué llevado á poder de su bárbaro padre y encerrado en una estrecha cárcel de Tarragona. Allí le hizo tener con grillos y en el cepo, y allí, viendo que resueltamente no queria abandonar la fé católica que habia abrazado, hízole un día matar infamemente por un emisario llamado Gisberto.

Hermenegildo murió bendiciendo á su padre que le daba la corona del martirio interin la Iglesia le adjudicaba mas tarde la de santo.

La sangre de Hermenegildo, derramada en testimonio de la fé católica, fué como un arroyo que fecunda un campo. Su muerte produjo un efecto contrario al que su padre esperaba. Los católicos abundaron desde entonces y á tal extremo llegó el sentimiento de la muerte del santo rey de Sevilla, que poblaciones enteras se convirtieron y hasta el rey Léovigildo se hizo católico, siguiéndole en pos todos los visogodos y el mismo Recaredo, que tan firme columna debia ser de los católicos altares.

(1) Pujades.

Tambien se cumplió el presagio de Hermenegildo tocante á la ciudad levantada en honor de Recaredo y de los arrianos. Si bien por el pronto quedó olvidada, con todo, al renacer el catolicismo fué en su suelo donde se vió levantarse soberbio uno de los mas firmes baluartes de la fé, una de las casas de oracion mas célebres y conocidas, y desde entonces hasta el día no ha habido en el orbe quien haya ignorado la existencia y grandeza del famoso monasterio de Santa María de Ripoll de que vamos á ocuparnos.

### III.

#### LA GRANJA DE CARLO MAGNO.

CUANDO Mahomet, el rey de Gerona, supo que Carlos el grande se acercaba, subió con su privado, el francés renegado Vifrio, á una de las mas altas torres de la ciudad.

Vieron desde allí una estension inmensa, y por entre los árboles y las plantas unas estrañas máquinas de guerra que movian sus brazos.

Mahomet, el cobarde rey moro, se puso á llorar amargamente.

— Porque lloras, rey? — preguntó Vifrio.

— Ay! ay de mí! Carlos, el terrible gigante de los cristianos viene con estas máquinas.

— No, respondió Vifrio, todavia no viene.

Al cabo de unos momentos de silencio, Mahomet vió llegar una tropa inmensa de soldados que parecia una nube de langostas caída sobre los campos.